

THE ECONOMIST: 100 OBITUARIES

THE ECONOMIST: 100 OBITUARIES

Ann Wroe y Keith Colquhoun

ÍNDICE

1. Paul Adair	13
2. Alex, el loro gris africano	16
3. Momofuku Ando	19
4. Oscar Auerbach	22
5. Digby Baltzell	24
6. Sirimavo Bandaranaike	27
7. Christiaan Barnard	30
8. Syd Barrett	33
9. Jean Baudrillard	36
10. Saul Bellow	38
11. Ingmar Bergman	41
12. Vere Bird	44
13. Jean Bédel Bokassa	47
14. Joseph Bonanno	49
15. Habib Burguiba	52
16. John Cairncross	55
17. Alec Campbell	57
18. Marcel Carné	60
19. Barbara Cartland	63
20. Eddie Chapman	66
21. Eugenia Charles	68
22. Julia Child	71
23. Ion Cioaba	74
24. Eddie Clontz	76
25. Los siete del <i>Columbia</i>	79
26. Charles Conrad	82
27. Magda Denes	85
28. Jacques Derrida	87
29. Diana de Gales	90
30. Duque de Devonshire	93
31. Duque de Norfolk	96
32. Manuel Elizalde	99

33.	Juan Manuel Fangio	101
34.	Thomas Ferebee	104
35.	Ibrahim Ferrer	107
36.	Bobby Fischer	110
37.	Gerald Ford	113
38.	Betty Friedan	116
39.	Imre Friedmann	119
40.	Takeo Fukuda	122
41.	John Kenneth Galbraith	124
42.	Allen Ginsberg	127
43.	Paolo Gucci	130
44.	Kenneth Hale	133
45.	Pamela Harriman	136
46.	George Harrison	138
47.	John Harsanyi	141
48.	Ernest Hendon	144
49.	María Julia Hernández	147
50.	Charlton Heston	150
51.	Thor Heyerdahl	153
52.	Albert Hofmann	155
53.	Ulrich Inderbinen	158
54.	Steve Irwin	161
55.	Elrey Jeppesen	164
56.	Juan Pablo II	167
57.	Genichi Kawakami	170
58.	Karl Kehrle	172
59.	Stanley Kubrick	175
60.	Konrad Kujau	178
61.	Alice Lakwena	181
62.	Hedy Lamarr	184
63.	Estée Lauder	186
64.	Bernard Loiseau	189
65.	Maharishi Mahesh Yogi	192
66.	Michael Manley	195

67.	Princesa Margarita	198
68.	Erich Mielke	200
69.	Arthur Miller	203
70.	Kiharu Nakamura	206
71.	Stavros Niarchos	209
72.	Patrick O'Brian	212
73.	Mark Oliphant	215
74.	Henri d'Orleans	217
75.	Maureen O'Sullivan	220
76.	Maurice Papon	223
77.	Rosa Parks	226
78.	Luciano Pavarotti	229
79.	Pham Van Dong	232
80.	Abate Pierre	234
81.	George Plimpton	237
82.	Anna Politkovskaya	240
83.	Kukrit Pramoj	243
84.	Hermano Roger	245
85.	Mstislav Rostropovich	248
86.	Frank Sinatra	251
87.	Anna Nicole Smith	254
88.	Marie Smith	257
89.	Helen Snow	260
90.	Dr. Benjamin Spock	262
91.	Sue Sumii	265
92.	Sun Yaoting	268
93.	Robert Taylor	270
94.	Pierre Trudeau	273
95.	Galina Ulánova	276
96.	Kurt Waldheim	279
97.	Lancelot Ware	282
98.	Markus Wolf	284
99.	Shoichi Yokoi	287
100.	Yasser Talal al-Zahrani	290

PRESENTACIÓN

Los obituarios del *Economist* son famosos por su estilo. Su formato se aleja notoriamente de la nota necrológica tradicional, que sigue prevaleciendo en nuestros confines, para nuestro aburrimiento y desgracia, y que se concentra en los hitos con números (fechas, cantidades, rankings), en cuándo y con quién llevó a cabo el finado los rituales de la época (matrimonio, ascensos, hijos, descensos) y en los cargos, premios y honores que obtuvo o se hizo dar en vida. Lo habitual, también, es una prosa obsequiosa por la cual hasta el más hórrido ser humano recibe un tratamiento neutro o blanqueador, que soslaya los episodios cruentos o enojosos en que estuvo involucrado. En este libro, en cambio, los números suelen estar ausentes, las cronologías lineales también, y no hay ninguna ansiedad por contarlo todo. Más bien se escogen incidentes o episodios que destilen la esencia de una vida, se describen y evalúan sin temor de calificarlos en términos poco diplomáticos, a veces hasta sarcásticos, y a los criminales se les llama criminales.

La revista inglesa de economía y política, fundada en 1843 y célebre por sus agudos análisis económicos e internacionales, la calidad de su escritura, su fina ironía y el hecho de que nadie firma sus piezas, no incluyó este género periodístico como sección sino a fines de 1994, cuando medios rivales como *The Independent* y el *Daily Telegraph* ya estaban ensayando un nuevo tipo de obituario, más literario e irreverente, y la sección había dado un vuelco para convertirse en una de las más comentadas. En *The Economist* nadie tenía muchas ganas de quedar a cargo, porque la tarea de sepulturero es de jornada completa, pero lo hizo el novelista y periodista Keith Colquhoun, quien estuvo ocho años escribiendo un afilado obituario semanal, hasta su reemplazo en 2003 por Ann Wroe, que estaba en la revista desde 1976.

Ambos son entonces los autores de la recopilación *The Economist Book of Obituaries*, aparecida como libro en 2008, nunca traducida al castellano, y de la cual hemos seleccionado la mitad, cien perfiles, cien microbiografías, cien vidas que condensan gran parte de las maravillas y las monstruosidades del siglo veinte, en todos los continentes, desde la

mujer que rigió la diminuta isla de Dominica hasta la llorada rosa inglesa, Diana de Gales; desde el falsificador de los diarios de Hitler al doctor Spock. Espías, inventores, mandatarias, mafiosos, artistas, locos y tiranos. Un «abducido», un lingüista, una reformadora social. El soldado japonés que no supo que había acabado la guerra, el último eunuco, los astronautas que no volvieron.

Dice Ann Wroe en el prólogo original que en su revista la «mor-gue» (el archivo de reserva que todos los medios tienen con obituarios ya preparados –a veces cientos– de autoridades y celebridades bien vivas todavía) no llega a los diez nombres, y que nunca ha podido usar ninguno. «Es una ley no escrita que la gente que está en la morgue no se muere –dice–. Alcanzan una especie de vida eterna, cada día más robustos y fibrosos.» Así que los redactores tienen unos dos días para investigar y escribir su pieza semanal. Ello demuestra la vasta cultura y el punto de vista independiente y osado que se requiere para producir resultados como los que se pueden leer en estas páginas. O, en palabras de un reseñista en *Time Out*, «explica en parte por qué sus minibiografías rara vez parecen demasiado pulidas o atribuyen tediosamente cada cita, y en cambio son pródigas en anécdotas vibrantes (...), datos casuales y una pontificación irónica y chispeante».

¿A quiénes perfilan? No todos son políticos, artistas de fama planetaria o expedicionarios. Los editores de la sección, con autonomía total, a veces escogen a alguien menos conocido pero que les permite delinear un entorno social, un acontecimiento extraño o los avatares de una disciplina. Wroe explica los criterios del semanario: «Deben haber tenido vidas interesantes y que inciten a algún tipo de reflexión. Si fueron o no vidas “buenas”, en el sentido habitual de la bondad, no nos puede importar menos. No estamos en el negocio de los panegíricos, ni siquiera de los reconocimientos. La maldad, la inmoralidad y la frivolidad a veces producen los mejores perfiles».

¿Nos interesa todo esto? Nos interesa. Muchísimo.

Andrea Palet

Laurel

1. PAUL NEAL ADAIR

«Red» Adair, bombero,
murió el 7 de agosto de 2004, a los 89 años

Volaba hacia Kuwait en marzo de 1991, y no podía ver nada. El cielo estaba cubierto de humo negro a una altura de 4.600 metros y era imposible identificar el norte, el sur, el este o el oeste. El humo provenía de los yacimientos petrolíferos en llamas que Saddam Hussein había ordenado atacar mientras sus tropas se retiraban. Cada día se incendiaban cinco millones de barriles, con un costo de 150 millones de dólares.

Desde el cráter que era el aeropuerto de la ciudad de Kuwait, Adair examinaba el panorama. El horizonte era un solo fuego continuo. En el centro de los pozos la temperatura era de 1.600 °C, más o menos el calor que se necesita para derretir el acero. En tierra, a quince metros de distancia, la temperatura todavía era de unos 540 °C. El fuego en muchos casos no apuntaba hacia arriba desde la boca de los pozos sino que salía en todas direcciones. Adair y sus hombres se pusieron sus overoles, descartaron sus cascos plásticos reemplazándolos por unos de aluminio y se pusieron manos a la obra. *Red*, El Rojo, por cierto, tenía entonces 75 años.

En retrospectiva, Adair, a quien nunca le faltó la confianza e incluso la arrogancia en lo concerniente a los incendios, pensaba que Kuwait había sido fácil. «Apagamos todos los incendios con agua; simplemente fuimos de uno en uno.» En realidad lo que hizo fue invertir el flujo de los oleoductos, bombeando el mar más cercano («el Adriático», supuso él despreocupadamente) hacia los campos petrolíferos y saturando el suelo con agua antes de tapar los pozos. Su cumpleaños número 76 lo pilló moviendo alegremente las gigantescas válvulas a su posición con una grúa. Al final, acabó en nueve meses con un incendio masivo que se esperaba ardiera sin control entre tres y cinco años.

La parte más difícil para Adair era conseguir el equipamiento que quería, y hacerlo por fuera de la burocracia gubernamental. Solo después de una conversación personal con el presidente Bush [padre] en la Casa Blanca obtuvo sus buldóceres, mangueras y cemento en

el tiempo que él consideraba razonable, saltándose las barreras institucionales. El gobierno kuwaití le puso problemas cuando pidió un avión lleno de whiskey («¿Quieren extinguir sus incendios o no?»), y nunca consiguió los cuatro mil chanchos que había pedido para hacer detonar las minas que supuestamente Saddam había esparcido por los campos petrolíferos.

Si para sus estándares Kuwait fue un tipo de incendio fácil de resolver, ¿cuál sería uno complicado? Quizás el primero con el que acaparó la atención mundial, en 1962, al que llamaron «el Encendedor del Diablo». Un pozo de gas natural había estado seis meses ardiendo en las desérticas arenas de Argelia, alimentado por una dieta diaria de 15 millones y medio de metros cúbicos de gas; John Glenn vio las llamas desde el espacio mientras orbitaba la Tierra. Adair usó aguas subterráneas para empapar el área por varios kilómetros a la redonda y luego dispuso explosivos para apagar el fuego. Esta técnica, en la que se extingue el oxígeno del incendio y de inmediato se tapa el yacimiento con barro y cemento, sería siempre su predilecta.

Más peligrosos aun eran los incendios en plataformas petrolíferas, como los que iniciaron explosiones en las plataformas Ekofisk Bravo en el Mar del Norte, en 1977, y Piper Alpha, en las afueras de Aberdeen, Escocia, en 1988, donde el cierre del pozo tuvo que hacerse enfrentando unos oleajes descomunales. Para esos trabajos Adair usó barcos de apoyo y rescate y barcos bomba semisumergibles, todos diseñados por él. En Piper Alpha, donde habían muerto 167 hombres, fue necesario sacar unos escombros enormes desde la boca del pozo con grúas que se sacudían como restos de naufragio en medio del viento y las olas.

Adair estaba orgulloso de su maquinaria, y para probarlo se aseguró de que gran parte de ella fuese de color rojo. Grúas rojas, overoles rojos, buldóceres rojos y botas rojas anunciaban al mundo que su equipo había sido convocado al escenario de un desastre. Desde los primeros días de su empresa de combate al fuego, que fundó en 1959, sus hombres daban vueltas por los matorrales secos de los campos de petróleo de Texas en Lincoln rojos, fácilmente reconocibles ante una emergencia. Fuera del trabajo, Adair llevaba calzoncillos largos rojos y manejaba un

Bentley, también rojo. Era bajo y grueso, pero exudaba esa arrogancia tan propia de Texas. Nunca se le vio más entusiasmado que cuando John Wayne lo representó en *Los luchadores del infierno* (*Hellfighters*) y además lo llamaron para que le ofreciera asesoría técnica al «Duque».

HIJO DE HERRERO

Nació en Houston en 1915, uno de los ocho hijos de una familia de herreros. Pelirrojo, lo llamaban, apropiadamente, *Red*. Expuesto desde temprano al rugido de la forja y los destellos del yunque, no le temía al fuego. Cuando otros huían, él iba directo a la llamarada. Consideraba los incendios criaturas individuales: no se los podía tratar a todos por igual. De todas formas, «todavía no me he encontrado con uno que no pueda barrer en unas seis semanas».

Aun con estos antecedentes, fue cosa del destino que terminara en este negocio tan peligroso. No terminó el período escolar y en cambio trabajó en ferrocarriles, en una farmacia y como temporero. Un día de 1938 estaba llevando equipos a un campo petrolífero cercano a Alice, Texas, cuando explotó un pozo. Los trabajadores huyeron; los bomberos, aunque estaban entrenados para eventos en pozos petroleros, no pudieron controlar las llamas. «Chico, ¿quieres ganarte unas monedas?», le preguntaron.

En más de cincuenta años combatiendo el fuego se enfrentó a casi tres mil incendios. Sorprendentemente, nunca sufrió lesiones graves. Una vez fue aplastado por una grúa y en otra oportunidad estuvo ciego algunos días a causa del humo. Una detonación de gas lo lanzó por los aires, pero él parecía capaz de rebotar. En sus últimos años ya estaba sordo, nada extraño si se piensa que la mayor parte de su vida la pasó en medio del rugido de las llamas y las explosiones. Había logrado perfeccionar el arte de dormir mientras los más devastadores incendios se propagaban a su alrededor.

Y, aun cuando había anticipado el cielo, más bien parecía esperar echarle un vistazo al infierno.

2. ALEX, EL LORO GRIS AFRICANO

El loro más famoso entre los científicos murió el 6 de septiembre de 2007, a los 31 años

La última vez que Irene Pepperberg vio a Alex le dio las buenas noches como siempre. «Que estés bien –dijo Alex–. Te quiero.» «Yo también te quiero.» «¿Vendrás mañana?» «Sí, vendré mañana.» Pero Alex (cuyo nombre supuestamente era el acrónimo de Avian Learning Experiment, experimento de aprendizaje aviario) murió en su jaula esa noche. Así terminaba una vida dedicada a aprender tareas complejas que se pensaba que solo los primates podían dominar.

En la ciencia, como en la mayoría de los campos de acción, es importante tener la herramienta correcta para el trabajo. Había estudios sobre la capacidad lingüística de los simios que sostenían que esta era casi inexistente. Pero los investigadores habían cometido el error elemental de intentar enseñar a hablar a los antropoides, sin tener en cuenta que las cuerdas vocales de los chimpancés simplemente no se los permite. No fue hasta que alguien tuvo la idea de enseñarles lengua de señas que hubo algún progreso.

Y aun entonces los investigadores siguieron teniendo al ser humano en el centro de su visión: el supuesto era que los chimpancés podrían ser capaces de comprender y usar la lengua de señas humana porque ellos son los parientes vivos más cercanos de la humanidad. Fue necesario el despliegue de una idea brillante para poner de cabeza esta centralidad humana y observar las capacidades de una especie –el loro– que tiene una relación lejana con nosotros pero una capacidad que también es la nuestra: el habla.

La idea en cuestión fue de la doctora Pepperberg, por entonces una química teórica de 28 años, en 1977. Para probarla, fue a una tienda de mascotas y compró al azar un loro gris africano de un año de edad. Así comenzaba la historia de una de las duplas mejor conocidas en el campo de la ciencia del comportamiento animal.

La doctora Pepperberg y Alex compartieron un ancestro común por última vez hace más de 300 millones de años. El ancestro común más

reciente de cualquier chimpancé y la doctora Pepperberg vivió hace apenas cuatro millones de años. Pero Alex aprendió fácilmente a hablar. La pregunta era: ¿estaba simplemente imitando como loro? ¿O esta expresión peyorativa tendría que ser redefinida? ¿Entienden realmente los loros lo que están diciendo?

CEREBRO DE PÁJARO

La razón para sospechar que los loros podrían hacerlo –y, por consiguiente, su segundo motivo para escoger ese animal– fue que a mediados de los años setenta volvían a estar en boga las explicaciones evolutivas del comportamiento. Un investigador británico llamado Nicholas Humphrey había propuesto que la inteligencia se desarrolla en respuesta al entorno social más que al entorno natural. Cuanto más compleja es la sociedad en la que vive un animal, más ingenio necesita para crecer.

La razón por la que los primates son inteligentes, según el doctor Humphrey, es que suelen vivir en grupos. Y, así como la vida colectiva promueve la inteligencia, la inteligencia permite el funcionamiento exitoso de los grupos más grandes, lo que a su vez proporciona un estímulo para el desarrollo de más inteligencia. Si el doctor Humphrey está en lo correcto –y hasta ahora no ha podido ser desmentido–, solo los animales sociales pueden ser inteligentes.

Las bandadas de tordos o los rebaños de ñus no cuentan realmente como sociedades. Son solo aglomeraciones protectoras en las que los individuos no tienen relaciones sociales complejas. Pero en la naturaleza los loros como Alex viven en sociedades del mismo modo que los monos y los simios, y así la doctora Pepperberg concluyó que Alex podría haber desarrollado capacidades cognitivas avanzadas. También como los primates, los loros viven muchos años, los suficientes para que valga la pena el engorroso proceso del aprendizaje. Junto con su habilidad para hablar (o al menos «vocalizar»), Alex parecía un promisorio sujeto de experimentación.

Y lo fue. Mediante una técnica de entrenamiento que hoy se usa en niños con dificultades de aprendizaje, en la que dos adultos sostienen

un objeto y discuten sobre él, cometiendo errores deliberados a veces, la doctora Pepperberg y sus colaboradores en la Universidad de Arizona comenzaron a enseñar a Alex a describir cosas, a explicitar sus deseos, e incluso a hacer preguntas.

Al final, dijo la investigadora, Alex tenía la inteligencia de un niño de cinco años y no había desarrollado todo su potencial. Tenía un vocabulario de 150 palabras. Sabía los nombres de 50 objetos y podía describir su forma, colores y materiales de que estaban hechos. Podía responder preguntas sobre las propiedades de los objetos, incluso si no había visto una particular combinación de propiedades. Podía pedir cosas, rechazaba algo si no era lo que quería y lo pedía nuevamente. Comprendía los conceptos «más grande», «más pequeño», «igual» y «diferente». Y podía contar hasta seis, incluyendo el cero (estaba lidiando con el concepto «siete» al momento de su muerte). Incluso sabía cuándo y cómo disculparse si molestaba a la doctora Pepperberg o a sus colaboradores.

Por cierto, el hecho de que hubiera muchos colaboradores involucrados en el proyecto, incluso extraños, fue crucial. Los investigadores en esta área viven con el perpetuo temor de estar sugestionados por el efecto «Hans, el caballo inteligente», llamado así por un caballo en Alemania que parecía saber contar, pero que en realidad reaccionaba a las señales involuntarias de su entrenador. Pero Alex podía comunicarse y desempeñarse de manera competente ante cualquier persona, no solo con su dueña.

Aún quedan algunos investigadores reticentes que piensan que las habilidades del loro eran el resultado de un aprendizaje por repetición, y que no había pensamiento abstracto involucrado. Alex, sin embargo, convenció a la mayoría en el campo de que los pájaros, así como los mamíferos, pueden desarrollar una cognición compleja y sofisticada, y comunicar los resultados a otros. Lástima, entonces, que Alex sea hoy, en palabras de los Monty Python, no un loro sino un exloro.

3. MOMOFUKU ANDO

El inventor de los fideos instantáneos murió el 5 de enero de 2007, a los 96 años

Durante siglos, hombres y mujeres han dirigido la mirada hacia el Oriente buscando el secreto de la vida, la salud y la felicidad. Pero Momofuku Ando enseñó que no es necesario trepar semidesnudo a la cima de una montaña, o meditar por horas en una esterilla, o cruzar las piernas detrás del cuello mientras entonas *ommm* por las fosas nasales. Uno simplemente debe:

Quitar la tapa
Verter agua hirviendo
Esperar tres minutos
Revolver bien y servir

Nada más fácil. Por supuesto, los menos ilustrados podían tropezar a veces, quemándose la lengua o clavando un tenedor después de apenas un minuto de contemplación silenciosa, lo que doblaría las puntas del utensilio de plástico y salpicaría la sopa sobre el teclado. Pero el discípulo paciente alcanzaba la realización: sorbo tras sorbo de fideos cálidos, curiosamente angulares, en sabores como «pollo asado» o «camarón picante».

La mayoría de los devotos de los *noodles* en vaso no indagaron más en el misterio. Atolondradamente agradecidos como estaban de no tener que cocinar, para el caso podrían haber estado comiendo filamentos eléctricos o elásticos salteados. Solo algunos, tras muchas porciones, pudieron convertir la lista de ingredientes en un mantra irreflexivo: harina de trigo, aceite de palma (tocoferoles), almidón de tapioca, sal, vegetales deshidratados (repollo, cebollín, zanahoria), guanilato disódico, inosinato disódico. Y, en un nivel superior, un seguidor consiguió separar y enderezar los fideos, descubriendo en su recipiente ocho hebras de 2 milímetros de diámetro y 40 centímetros de largo, por supuesto extruidas con impecable uniformidad y cortadas del largo perfecto.

El culto era global. En 2005, 86 mil millones de porciones de fideos instantáneos se comieron en el mundo. Y todo comenzó con una visión, como suele pasar. Una fría noche de 1957, caminando a casa desde su fábrica de sal en Osaka, el señor Ando vio unas blancas nubes de vapor en la calle, y una muchedumbre reunida. La gente esperaba –y estaba dispuesta a esperar un buen rato– que los fideos a pedido se cocinaran en unas cubas de agua hirviendo. ¿Por qué no hacerlo más fácil?, pensó. ¿Y por qué no tratar de hacerlo él mismo?

Su vida hasta entonces había sido un poco desordenada. Había vendido telas para vestidos, siguiendo los pasos de los abuelos que lo habían criado. Había vendido partes de motores, casas prefabricadas, proyectores de cine, calcetines. Había presidido una asociación crediticia que quebró, e intentado lanzar un sistema de becas para estudiantes pobres que lo llevó a la cárcel por evasión de impuestos. Y ahora las nubes «constantemente en alza» (o tal vez, como en el dibujo que adorna la página de su Museo del Fideo Instantáneo en Osaka, una esponjosa nube blanca con una tetera colgando) le habían mostrado el camino.

NOCHES EN EL COBERTIZO

El camino fue largo. Le tomó un año, trabajando día y noche en un cobertizo en su patio trasero, encontrar el secreto para resucitar los fideos. Cocinaba cantidades ingentes, pero tenía dificultades para extraer la humedad manteniendo el sabor. Los rociaba con una regadera llena de sopa de pollo y los colgaba como guirnaldas por el cobertizo. El secreto, que obtuvo de su esposa mientras ella hacía tempura de vegetales, era freír rápidamente los fideos ya cocidos en aceite de palma. Allí estaba la «magia».

Los fideos instantáneos –esos gusanitos en forma de ladrillos amarillentos en bolsas de celofán– llegaron al mercado en 1958 y en todo Japón los cocineros se rieron de ellos. No eran más que una moda de alta tecnología, costaban seis veces más que los fideos frescos; nunca prenderían. Pero a fines del primer año Ando había vendido 13 millo-

nes de bolsas y atraído a una docena de competidores. Nunca miró atrás. En 1971 llegaron los fideos en vasos de poliestireno resistentes al calor, para que los hambrientos ni siquiera necesitaran sacar sus pocillos de la despensa. Los japoneses votaron por los fideos instantáneos como su invento más importante del siglo veinte, a pesar de los Walkman de Sony. La empresa de Ando, Nissin, se convirtió en una compañía global avaluada en 3 mil millones de dólares.

Pero nunca fue solo una compañía, y la fabricación de *noodles* nunca solo una industria. Las tres máximas del señor Ando se convirtieron en una filosofía de vida:

La paz vendrá cuando la gente tenga comida.

Comer sabiamente mejora la belleza y la salud.

La creación de comida es un servicio a la sociedad.

Ando practicaba lo que predicaba. Comió *Chikin ramen*, su sabor original, casi hasta el día de su muerte. Aunque según los escépticos tenían mucha grasa, sal y glutamato de sodio, se le veía sano y enérgico. Los mares de Asia estaban llenos de vasos plásticos de fideos; pero eso no era su culpa.

Su publicidad televisiva, entre tanto, mostraba en qué consistían de verdad los fideos instantáneos. Cuando el mundo los comía, caían las barreras, los niños reían y las personas se amaban. Todas las revoluciones libertadoras surgían del deseo de la humanidad de engullir unos vasos humeantes de *noodles* siempre que fuera posible. En 2006 un astronauta japonés a bordo del transbordador *Discovery* sorbió de un práctico envoltorio al vacío los fideos del señor Ando. Apareció en los avisos de televisión flotando ingrávido y sonriente, consumado en él el camino hacia la iluminación.